



DÉCIMA VISION.

Cuando el soberano de los dioses hubo saciado su vista y su alma en la contemplacion de aquel hombre y su compañera, los verdugos prosternados le refirieron cómo habian caído, cual rayo desprendido del cielo, sobre la gruta en que el impío urdia sus blasfemias, y vengado con su muerte la suprema voluntad de sus señores; cómo habian reducido á cenizas, en aquel nido oscuro y maldito del que salian la murmuracion y la sedicion, el libro emponzoñador que fascinaba las almas; y cómo habian encontrado á aquellos dos amantes, huéspedes misteriosos del desierto, que habian cautivado su vista, y cargándoles de cadenas, los habian traído para que sirvieran á los dioses de víctimas, de esclavos.

Al observar aquellos hombres sanguinarios que el relato de la muerte de Adonai desarrugaba el ceño del soberano, iluminándose su frente como un monte que surge de una nube, valoraban ya en sus adentros la recompensa de semejante crimen, saboreaban en sus corazones su infame maldad é igualaban de antemano el servicio prestado con el provecho.

—Ministros valerosos de las divinas venganzas, exclamó

Nemphed, recibid el salario que con tanta razon habeis ganado.

Y al pronunciar estas palabras, levantó el pié y dió con él cinco golpes en el pavimento. A esta terrible señal, repetida por el eco, salieron encorvados por una trampa secreta cinco colosos humanos, ejecutores ocultos, mónstruos enseñados á derramar sangre y por la sangre atraidos, cuya lengua arrancada era prenda de su forzoso silencio. Cada uno de ellos, llevando una espada desnuda en la mano, se lanzó sobre uno de los cinco gigantes descendidos del esquife: cinco veces se hundió el acero en sus corazones confundidos, y exhalando horribles blasfemias, rodaron sobre las baldosas á los piés del rey de los dioses á quien el estertor de los cinco hombres arrancó una placentera sonrisa; el alma de las victimas se escapó en oleadas de sangre á la presencia del monarca, que se entretuvo en humedecer su pié en aquel enrojecido torrente, como el niño distraido se entretiene en mojar los suyos con la espuma de un arroyo en la arena de la orilla. Cuando quedaron exhaustas las venas de los cinco hombres, los siniestros ejecutores del secreto designio del soberano cogieron los cadáveres que yacian en el purpúreo lago en que resbalaban sus plantas, y uno por los cabellos y otro por los piés, haciendo un gigantesco esfuerzo para tomar impulso, los arrojaron al abismo por encima de las almenas como se lanza una roca á los terroríficos precipicios, viéndose desde lo alto de la torre en que se estrellaron sus frentes, cómo chocaban entre sí los miembros y el tronco.

—Ahora, dijo Nemphed, que se lo cuenten á la tierra!..... Tan sólo la muerte y yo conocemos este misterio. Celestes confidentes de mi sagrado poder, únicos que podeis oirlo y verlo todo aqui: que mueran estos secretos divinos en vuestros pensamientos recompensados ya por el imperio de los cielos! Nuestras sutiles artes han conquistado este poder inseguro, que rara vez trasciende de la noche á la mañana;

pues bien, merced á nuestras complicidades hábilmente tramadas, prolonguemos para siempre este supremo ascendiente sobre las almas de los dioses sometidos ó hechizados! Calmemos la mugiente oleada de sus sediciones! El trono exige una falacia ó una opresion constante: ¡ay de aquel que se detiene un solo dia en el camino del crimen, porque otro más audaz le suplanta en su encumbrado cuanto peligroso puesto! No se adormezcan jamás nuestros desafueros unidos, ni termine nunca la perversidad de los dioses: nuestro prestigio está basado en el crimen y en la astucia. Y si álguien llega á inventar un crimen mayor que los nuestros, consiguie arrebatarlos el poder de las manos para pasarlo á las suyas!.....

»Adonai no existe ya: el pueblo aletargado no oirá más esa voz que le despertaba. Si, yo he cometido el crimen, yo he cortado la mano. La casualidad ha entregado en mi poder esas hermosas criaturas, obra maestra sobrehumana del cielo y del infierno, y cuyas perfecciones abochornan nuestras naturalezas: convirtiéndolas en instrumentos de placer y de seducción, tendré con ellas nuevos medios de predominio; ya empiezo á formar sobre ellas proyectos, que han asaltado mi mente como un meteoro. Idos, dejadme solo á fin de que rodeado de silencio pueda incubar en mi seno las sombras de mi vago designio; idos á gozar de las celestes delicias que mi mano os proporciona á fuerza de suplicios!»

Y designando en seguida á los mudos, obedientes á sus señas, los dos amantes encadenados sobre el mármol, les dijo:

—Llevaos al palacio de los esclavos á ese hijo de los bosques aherrojado en sus cadenas: que preparen con precaucion su cuerpo para que sufra la mutilacion de los mudos; y á fin de enervar esa audacia viril que en él se observa, convendrá mutilarlo ántes de domarlo: entregad el leoncillo á los envidiosos eunuocos y desaparezca su virilidad al filo de sus tijeras! Arrancad esos gemelos del seno materno y que

los amamante una esclava; que beban algunos días la vida antes de morir; más adelante proveeré sobre su suerte. En cuanto á esa belleza que los inunda con sus lágrimas, lleváosla como un dios, sin reparar en sus atractivos, ante mí, á mi vista, á la sagrada mansion en que se posa mi mano sobre esas rosas de amor. Los rayos férvidos de la celeste llama harán que se levante erguida esa hermosa cabeza que ahora desfallece, y otros labios beberán en sus ojos esas gotas de llanto. Romped esas ligaduras que lastimarian su piel; que el aceite de menta y las lágrimas de ámbar inunden todos sus miembros cual oloroso rocío; que expriman las flores para que se bañe en sus jugos; que la leche sea su agua y la miel su pan, y que reclinada entre almohadones tenga por únicos vínculos los brazos serviciales de veinte hermosas esclavas.

Dijo. Obedientes á sus sagrados acentos, y subiendo por las gradas de la torre sonora, aquellos humildes esclavos se apresuran á dar cumplimiento á sus órdenes. En vano es que Daidha se retuerza los brazos de afliccion; en vano llama á su amante con angustioso acento; á sus gemidos sólo responden con carcajadas. Las torturas del cuerpo de tan encantadora presa, la agitacion de su seno bajo sus ondulantes cabellos, las palpitations de sus músculos contraídos que, á pesar suyo descubren nuevas perfecciones, sólo sirven para que el monarca la contemple con más satisfaccion y para que el martirio de la jóven dé creciente pábulo á sus lúbricos deseos! ¡Oh perversidad de los culpables anhelos que hasta tal punto puede convertir el dolor en feroces placeres, ahogar la compasion en instintos infames, embrutecer la naturaleza y trastornar las almas!....

El rey de los dioses la siguió paso á paso fascinado por sus gritos hasta el umbral del palacio destinado á las mujeres: muy á su pesar apartó la vista de aquel rostro hechicero, y pensativo, fruncido el ceño y haciendo palidecer á sus tem-

blorosos ministros, se alejó con lentitud por los dorados pórticos, yendo á sentarse en la sala del banquete sobre el trono celeste con terrible y sombrío ademan y descansando en las manos su frente.

Al ruido de aquellos cantos, á los vapores del incienso, ¿qué idea absorbía todas sus facultades? A los arrebatos de placer de sus inmortales convidados, ¿que plan fraguaba en su mente? ¿qué rayo saldria de aquella oscura nube?

Nemphed jamás participaba á nadie sus intentos. Adoptado por los dioses en su edad más tierna, sin madre, sin cariño, sin gratitud, encerrado desde aquel día en la intriga de las córtes, ningun sentimiento humano habia germinado en él. Su alma, sin aliciente ni atractivos, reduciase á su inteligencia; sus pasiones eran el orgullo, la ambicion y la venganza; encumbrarse era para él el universo entero, cualquiera que fuese el abismo ó el sendero abierto á sus pasos; y como habia visto en las luchas celestes que los grandes pasos iban seguidos de grandes caidas, su sorda ambicion se habia arrastrado á la sombra para trepar mejor á la escarpada cumbre del poder. Con objeto de allanar cuantos obstáculos pudieran oponerse á su astucia sublime, su mano habia empuñado la lima en vez de la espada. Domeñando á toda costa su ruin orgullo, de bajeza en bajeza habia subido tanto, habia adulado tanto las vanidades de los demás, habia infiltrado sus pensamientos bajo tierra en tales términos, servido y vendido á tantos señores coronades, abandonándolos ántes que nadie por otros señores futuros; habia husmeado hasta tal punto en limpidas ondas las invisibles arrugas del viento aún dormido, atizado las pasiones de tantos dioses rivales y presenciado tantos flujos y reflujos de pasiones, que á cada movimiento de la oleada viviente, una onda le habia elevado sobre la muchedumbre, dejádole caer, elevado de nuevo, abandonado y empujado cien veces hasta arrojarle como espuma en el pedestal de los reyes!

Ningun sentimiento humano palpité jamás en su pecho, haciéndole vacilar en la marcha emprendida; ni la compasion ni el arrepentimiento le hicieron moderar el paso de su encubierto camino, y si veia un amigo caido le hacia servir de escaquel para sus planes sin vergüenza ni reparo, pisoteando despues su cuerpo con desprecio. Las alturas del poder están cimentadas en escombros. Reíase en su interior de le imbecil muchedumbre que se detiene á contar los cadáveres que huella. Y decia: «Cuando se dirigen los pasos á una cumbre escarpada, ¡ay del que mira atrás!» Asi fué que, cerniéndose sobre su insensata ralea desde la altura de su frio pensamiento, habiase elevado hasta el trono celeste, á la manera de un miasma impuro surgido del seno de un pantano, que arrastrando por los lugares bajos su masa infecta y nociva, fluctúa gran tiempo en la sombra del fango exhalado, y elevándose luego por grados desde aquel abyecto nivel, ensucia con sus jirones las alas del viento y cual luciente meteoro, hace brillar en el firmamento su ceno al igual de una aurora!

Hallándose ya en la cúspide, pero con el abismo á sus piés, no osaba sondearlo con sus aterrados ojos, y para resistir al viento que lo sacude, se arrastraba entónces en el trono asi como ántes se habia arrastrado por el lodo; su imperio no era más que una ondulacion de los jefes de cada faccion siempre alucinados, y en aquel lago hirviente, ávido de su ruina, vivía de terror suspendido sobre el vacio.

Mas, por mucho que deseara ocultar su pensamiento, su misma dominacion exigia confidentes, ministros corruptores de infernales intrigas, que espíaran los corazones y frustraran todos los manejos y cábalas, que adivinaran los pensamientos de los demás y sondearan el terreno, que refrenaran ó dieran rienda suelta á las pasiones, que preservaran de todo complot la fortuna de su señor, su copa de cualquier tóxico y su sueño de toda traicion; dioses inferiores vendidos á

su grandeza, compañeros asíduos de sus dias y sus noches, hilos secretos y rotos de su sangrienta trama, que entraban en su pensamiento y sorprendian su alma. Merced á ellos, conseguia tener á raya y adormecidos á los partidos uno de otro rivales y aplazar indefinidamente su borrascosa lucha, retardando asi su caida mientras los veia subir. Sabher, Azem, Akil, Serendyb, Asrafiel, eran los confidentes de los grandes secretos del cielo; y cada uno de ellos, fingiendo amor al tirano supremo, al adorar á aquel jefe despreciado se adoraba á sí mismo, espíando el momento oportuno para precipitarle desde la cúspide á donde le habian dejado subir sus mismos desdenes; pero él, leyendo su rencor en sus almas, los tenia bajo su mano como una espada de dos filos que defiende el pecho y hiere al propio tiempo al adversario.

Sin embargo, su corazon se fiaba de un solo corazon; el de una mujer, casi una niña, arrebatada á su madre al darla á luz; fruto verde aún que la prostitucion maduraba y que Nempned, helado ya por la nieve de los años, habia sustraído, no tanto por amor cuanto por ambicion, á la ominosa esclavitud, y que utilizaba como apoyo de su débil mano, encumbrándola al par suyo al rango supremo. Llamábase Lakmi; apenas contaba doce años y ya empezaban á ajarse las rosas de sus mejillas, porque los miasmas impuros de aquel aire infecto marchitaban la belleza ántes de florecer. Mas por el esplendor de las facciones grabado en aquella alma, por el color marmóreo de su piel bruñida por los perfumes, por sus labios que el orgullo naciente comenzaba á fruncir, por el delicado tejido de su negra cabellera que hacia resaltar el tornasolado brillo de sus hombros desnudos, por el rasgado óvalo de sus magnificos ojos de azabache á los que traslucia el alma iluminando sus facciones, conociase que una naturaleza poderosa habia impreso su sello en tan noble criatura, y que un germen de amor la hubiera perfec-

cionado más adelante si el hombre no la hubiese abrasado con sus impuras miradas!

Pero Nemphe había marchitado la rosa con su aliento ántes de haber abierto sus pétalos al aura matinal; había hecho madurar su alma y su hermosura en la corrupcion de un sol demasiado precoz, y ganoso de hacer de ella un uso infernal, había corrompido él mismo su propia obra desligando aquel corazon de todo vínculo para arrancarlo de la tierra y encadenarlo al suyo y para que, instrumento ó cómplice de sus maldades, tuviera la misma gloria ó el mismo suplicio. Niña aún, había enlazado sus tiernos miembros á sus miembros decrepitos, como esos brazaes que las doncellas asiáticas remachan á su antebrazo y que no se pueden desprender del cuerpo sino con la vida. Y no mancilló con su impuro aliento á la cándida doncella porque su estéril corazon la amase, sino porque para urdir mejor su trama necesitaba que se consagrara á él en cuerpo y alma: ella venia á ser el lagarto que espía á la serpiente y que acude á tomar el sol delante del rastrero reptil; el chacal que el tigre lanza ante sí, el cebo que el pescador mece sobre las olas, el áspid de dardo abrasador, dormido sobre sí mismo, que una mano enemiga recoge á orillas del Nilo, introduciéndolo en la canastilla y escondiéndolo bajo las rosas para que infiltre la muerte en la mano que en ellas se posa!

Pervertida á propósito en su más temprana edad, el mismo Nemphe había cuidado de llenar su seno de mortal ponzoña; y así como se educa un alma virginal en la casta inocencia, así también había imbuido su infancia de cuanta perversidad era capaz y tergiversado con sus malas artes, en aquel corazon que era todo suyo, lo verdadero, lo bueno y lo malo, dando el nombre de una virtud á cada vicio, haciendo que prefiriese la doblez á la sinceridad, el desenfado al pudor, el ódio á la amistad, la crueldad sarcástica á la tierna compasion, y cuanto más inficionada de malicia y de crimen veía á

aquella criatura, nutrida con veneno, más la iba instruyendo en el crimen, con mayor largueza la recompensaba por el mal que había hecho, y como horrible premio de aquella horrible emulacion, la hacia disfrutar el placer y el orgullo del crimen! Pero el último grado de tan pérfida instruccion, el que completaba su obra era el disimulo.

Así era que aquella alma infantil, respirando semejante atmósfera, el olor de la sangre en vez del grato rocío, torturando sus inclinaciones merced á una espantosa emulacion, sabia ocultar bajo una máscara de candor la astucia de los malvados, y dotada de ingenio y de donaire, bella, tierna, reflexiva, y sin embargo, procaz, conocia todas esas artes corruptoras que exaltan las pasiones más obscenas, sabia dar á su voz esa lánguida entonacion en que la voluptuosidad desfallece sobre lechos de flores; representar con su cuerpo el drama impuro de los sentidos cuyos acentos modula la danza en lúbricas actitudes; amenizar su conversacion con tan brillantes simbolos que la naturaleza vive y siente en las palabras; componer, con jugos exprimidos por sus manos, filtros que infundian sobrenaturales ensueños; simular en su porte el amor ó el ódio que la pasion imprime en el rostro humano; pasar á su albedrío de una risa falaz al llanto; trenzar sus cabellos con el hálito de las flores; comunicar al contacto de sus labios el olor y el estremecimiento de una brisa embriagadora, fascinar toda mirada que se fijaba en ella, y trastornar el corazon aún en el seno mismo del anciano.

Nemphe, que adornaba su obra con tan repugnantes dones, los utilizaba para sus infamias. Aun cuando le sirviera de juguete aquel sér hechicero, en sus manos era más bien instrumento de maldades, pero instrumento cuya gracia y juventud impedían que de él se desconfiara. Ella era la que, valiéndose de frases arteras, sembraba la discordia y la envidia, tósigo de los corazones; la que fomentaba el ódio, é inspiraba las cábalas para hacer ó deshacer intrigas rivales. Ella

era la que con su aspecto de niña indiscreta, parecía dejar escapar un secreto de su corazón, secreto que, secundando la hipocresía del tirano, disipaba los sombríos celos de los rivales, y obligándolos á desviar su atención hacia algún falso designio, les dejaba indefensos y descubiertos para recibir el verdadero golpe. Ella, la que, espiándolos en sus momentos de expansión, les sorprendía alguna palabra fugaz é imprudente, en medio de sus caricias, y á fuer de experta y sutil tejedora, bastábale coger una punta de la trama para urdir todo el hilo; ella la que preparando todo género de asechanzas, atraía riendo la víctima á la emboscada, mientras el puñal, oculto en la sombra, la descargaba sin brillar un golpe inesperado; ella la que, consumando las crueldades más lentas, sabía amasar la muerte en el veneno de las plantas, embriagar á un amante y hacerle absorber la muerte en un beso dado por sus labios de fuego! Porque en aquel tenebroso palacio de astucia y de falacia todo labio al beber sospechaba del cáliz, y para derramar la muerte era forzoso que un cáliz viviente la vertiera en el corazón.

Nemphed recompensaba sus rastreros servicios inflamando su orgullo, dándole oro ó haciéndola disfrutar de mil delicias: ella jugaba cual reina con su cetro de oro, sacaba cuanto quería del tesoro divino, desceñíale la sagrada diadema, ó le quitaba del dedo el anillo, emblema del poder, y cuyo solo aspecto bastaba para que todos ejecutasen las silenciosas órdenes del soberano de los dioses. Tenía á sus órdenes cien esclavos escogidos en el palacio en que habitaba, contiguo á la mansión de los dioses; los unos hacían brotar flores á su presencia para alfombrar el suelo de vistosos colores; los otros, humedeciendo las brisas, vaciaban y trasvasaban urnas siempre llenas, ó agitando las ramas de los árboles humedecidos comunicaban al viento el fresco y el olor de las aguas; estos hacían llover, de arcada en arcada, las densas cabelleras de las cascadas sobre los musgos cuajados de líquidas perlas;

aquellos preparaban exquisitos manjares impregnados de aromas, que satisfacían los caprichos de los sentidos; otros, para llevarla á sus celestes habitaciones, encogían sus miembros formando una cuna viviente por temor de que, contrariado el músculo de sus brazos por el peso de su cuerpo, pudiera presentar una protuberancia que la lastimara, y de que aquellos carros animados en que reclinaba su frente la hiciesen sentir en demasía el balanceo que producían al andar; otros, en fin, eunucos reservados para los misterios secretos y que prestaban al ídolo más inmediatos servicios, ungián sus miembros al salir del baño con los aceites que el arte sabe destilar de las olorosas flores matinales, y para vestir su hermoso cuerpo á medida de su deseo, la trenzaban, bordándolos con flores, tejidos de cabellos negros ó blondos, cortados al rayar la aurora de frentes juveniles que lamentaban tan forzosa mutilación, del mismo modo que nosotros cortamos, para tejer nuestras ropas, el vellón de invierno de las ovejas, sin compadecernos de que queden expuestas al frío. Aquellos tejidos de Aracne ceñidos á la cintura, profanaban la naturaleza por divinizar el arte, y Lakmi, al envolverse en aquellos sedosos mantos, ni siquiera pensaba en las lágrimas que á otros ojos costaban, sino que, comparando sus hebras, sus colores y sus perfumes, se entretenía en jugar con aquellos vellones humanos, y entrelazándolos con cintas de oro, los sentía vivir aún entre sus agitados dedos.

Su deslumbradora belleza, aumentada de tal suerte, admirábase en el cristal de las paredes en que flotaba su imagen y en los ojos que la contemplaban extasiados; pero no porque la satisfacción que ella á sí misma se causaba fuese esa secreta necesidad de hechizar á lo que se ama, sino por el envidioso afán de humillar de una sola ojeada la malicia y el orgullo de otras bellezas rivales. Salía de su retrete risueña y seductora cual abeja matinal que va á libar el néctar de las plantas, deslumbrando con sus atractivos á la muchedumbre curiosa;

y ocultando la cavernosa profundidad de su corazón tras un rostro infantil, vagaba á su albedrío por aquel palacio de los vicios para prender todos los corazones en sus viles artificios, y ora tendía la pérfida red de sus astucias femeniles á los sentidos que perturbaba, sembraba esperanzas halagando los corazones, fingía inclinaciones, mostraba preferencias, imprimía á las dulces miradas de sus ojos cariñosos esa incitante atracción precursora de la embriaguez de los sentidos; ora se insinuaba, espontánea y juguetona, en los grupos arrobados de una corte idólatra, ó encantaba los oídos y cautivaba las miradas con la danza ó á los sonos del melodioso laud. Alma entre aquellos cuerpos, su viva inteligencia dominaba los instintos de aquella vil ralea, que siempre la aplaudía con estúpida sonrisa.

Otras veces, prorumpiendo en discursos burlescos, cual muchacho distraído á quien llama la atención el vuelo de una mosca, y deponiendo para jugar la majestad de reina en presencia de las otras mujeres y de los gigantes, tomaba parte en los juegos de los niños, los desafiaba á la lucha y á la carrera, jugaba con la arena ó con la espuma de las fuentes, se mojaba en ellas los pies, y sembraba por el césped el oro y los diamantes de sus vestidos, como si la presencia y la imagen de estos juegos la hicieran descender de su rango y le devolvieran su edad.

Así era que todos preguntaban por ella; todas las frentes se desarrugaban al ver sus ojos; su rostro, á fuerza de arte y disimulo y merced al falaz aspecto que sabía conservar, disipaba todo temor; junto á aquel sér encantador olvidábase que la sombra de Nemphed la cobijaba constantemente; todos se dejaban seducir por ella al verla por primera vez. Así también, cuando el rayo estalla en la nube incendiando el mar con la llama de los cielos, un grupo irreflexivo de muchachos sentados á su orilla se inclina sobre las aguas para ver ese fuego del cielo, y juega con él relámpago que no es más que su imagen.

Solamente á ella le era permitido asistir á los banquetes de los dioses, sentada á los pies del soberano como una ave domesticada, y Nemphed, para distraerse del grave peso del poder, se entretenía en enroscar en sus dedos las ondas de sus cabellos. La nefanda camarilla de los demás confidentes se apartaba por respeto del temible grupo y, en su calidad de dioses inferiores, tomaban asiento en filas separadas en las gradas del cielo.

Asrafiel, el más corpulento y hermoso de aquellos titanes celestes, los dominaba por su estatura, su mirada y su continente; echábase de ver que la tierra, al formarle, había prodigado en él el elemento de la materia y animado aquella espuma con el fuego de los volcanes inflamados por el rayo. El pavimento de granito retemblaba á su paso; igualaba en altura á las columnas de la sala; sus músculos revelaban su fuerza aun estando en reposo, como los nudos de la madera que hinchaban la corteza, y al menor movimiento palpitaban bajo la piel de su nuca, parecida á la cerviz de un toro. Sus brazos nerviosos, saliendo de sus robustos hombros, pendían á lo largo del busto sobre sus costados ondulados; sus anchos pies gravitaban sobre el pavimento como planchas de plomo, y sus miembros, perfectamente equilibrados, aun cuando su tronco de mármol se inclinaba bajo su peso, semejaban al árbol, que arraigado bajo tierra en la profunda roca, agita sus brazos al aire, inclinado sobre su base.

La muchedumbre de los gigantes se estremecía á su aspecto; su mano era una tenaza y su puño una maza; el pueblo, á quien siempre infunde respeto la fuerza, le temía, le miraba, le abría paso al verlo, y no acertaba á comprender cómo se encorvaba aquel cuerpo soberbio cual débil caña á los pies de Nemphed, cómo se allanaba á servir su perfidia y su ambición, ni cómo el león se dejaba encadenar por la serpiente. Pero aquella fuerza era toda su alma, y sus pasiones las de la materia; un solo dedo bastaba para remover tan inmensos